

## **CIEN AÑOS DE SOLEDAD EN EL RÍO DE LA PLATA**

*Wilfredo Penco*

Como todos sabemos, *Cien años de soledad* nació editorialmente en el Río de la Plata y en particular en una gran ciudad: Buenos Aires.

Su historia ha sido contado varias veces y en su discurso en Cartagena de Indias, el mes pasado, Gabriel García Márquez volvió a contar, con ese buen humor que lo caracteriza, las accidentadas peripecias que le tocaron vivir (a él y a Mercedes) con los originales de *Cien años de soledad* a fin de que llegaran a estas latitudes para su publicación.

También se ha reiterado el nombre de alguien que fue clave en la edición de hace 40 años, Francisco Porrúa, “el lector desconocido”, como le llamaban en la editorial Sudamericana, dirigida entonces por su fundador Antonio López Llausás, y cuyas gestiones y opinión resultaron decisivas para poner en circulación una obra que ese incomparable lector, Francisco Porrúa, supo desde el principio que era una obra maestra.

Como ha recordado Dasso Saldívar, el más pormenorizado biógrafo de García Márquez, “el entusiasmo de Paco Porrúa terminó de contagiar a todo el personal de (la editorial) y, más allá, a sus amigos de la crítica y de la prensa bonaerense. Este fue su otro gran mérito como editor de *Cien años de soledad*: haber sabido crear (...) el ambiente, la expectación y la alharaca propicios para que la novela viera la luz el 30 de mayo de 1967 en olor de consagración y casi de multitudes”, y fuera distribuida y puesta en venta en librerías una semana más tarde, a un precio de 650 pesos argentinos de la época.

También es conocida la intervención estratégica que cumplió Tomás Eloy Martínez desde la jefatura de redacción de la revista *Primera Plana*, en cuyas páginas se publicó un amplio reportaje que Ernesto Schóo le hizo a García Márquez en su casa de México. El reportaje, con la foto del narrador en la portada de la revista y junto a su nombre una leyenda de apología (“La gran novela de América”), coincidió con el arribo del autor, junto a su esposa Mercedes, a Buenos Aires varias semanas después de editada *Cien años de soledad*.

El éxito editorial fue un impacto. Casi un escándalo. La novela empezó a venderse y ya no paró más.

De la estadía de Gabriel García Márquez en Buenos Aires, quedan algunos recuerdos, como la platea del teatro del Instituto Di Tella de pie, aplaudiéndolo; su labor como jurado en el concurso de novela “Primera Plana Sudamericana”, junto Leopoldo Marechal y Augusto Roa Bastos; el reencuentro con Rodolfo Walsh promovido por Horacio Verbitski; y la imagen de una mujer caminando por Santa Fe y Suipacha, con una bolsa cargada del mercado, en la que junto a las lechugas y los tomates descansaba un ejemplar de *Cien años de soledad*.

### **Pioneros uruguayos**

En la otra orilla del Plata, desde muy temprano, varios uruguayos se ocuparon de la obra del colombiano.

Mario Benedetti, que incluyó su trabajo “García Márquez o la vigilia dentro del sueño”, en *Letras del continente mestizo* (Montevideo, Arca, 1967) y en la edición cubana de *Cien años de soledad* (La Habana, Casa de Las Américas, Colección Latinoamericana, 1968), comienza afirmando que la novela publicada en Buenos Aires integra junto con *Rayuela* de Julio Cortázar y *La casa verde* de Mario Vargas Llosa, “el tríptico más creador de las última narrativa hispanoamericana”.

Tras analizar los libros de García Márquez anteriores a *Cien años de soledad*, en particular *La Hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* (y también los cuentos de *Los funerales de la mamá grande*), lo que da cuenta de un conocimiento amplio de la obra del colombiano en fecha tan temprana, se detiene en el nuevo título y sostiene que los que lo han precedido “se convierten ahora en un intermitente borrador de esta novela excepcional, en la trama de datos más o menos verosímiles que servirán de trampolín para el gran salto imaginativo. Aparentemente cada uno de los libros anteriores (aun los relatos que no transcurren en (Macondo), se refieren a él e integran su mundo) y éste de ahora es la historia total. Pero esta historia total abre puertas y ventanas, elimina diques y fronteras. Siempre se trata de Macondo, claro, y ese pueblo mítico, aun en los libros anteriores, fue quizá una imagen de Colombia toda: pero ahora Macondo es aproximadamente América Latina, es tentativamente el mundo. Asimismo, la novela es la historia de los Buendía, pero también del Hombre, que lleva no cien sino miles de años de soledad. A través de un siglo, los personajes van entregando y recogiendo nombres como postas, y los Aurelianos y los Arcadios, las Úrsulas y las Amarantas, se suceden como ciclos lunares”.

La visión que Benedetti ofrece de *Cien años de soledad* es de una claridad abarcadora que, también cuarenta años después, asombra. Dice de modo contundente: “Claro que, en definitiva, lo que menos importa es la alegoría. *Cien años de soledad* es sobre todo (anunciémoslo sin vergüenza y con orgullo) una novela de lectura plenamente disfrutable. Y eso en todos sus niveles: en el de la anécdota, que es sorpresiva, novedosa, incalculable; en el del lenguaje, que es terso, claro, sin anfractuosidades; en el de la estructura, que es imponente y sin embargo no hace pesar su descomunalidad; en el de su buen humor, verdadero armisticio de estas criaturas longevas, alarmantes y contradictorias; en el de su simbología, ya que aquí hay señas y contraseñas para todas las lupas; y por último, en el de su espléndida libertad creadora, ya que en esta novela de realidades y de ensoñaciones, el legado surrealista vuelve por sus fueros e impregna de gloriosa juventud, de imaginativa dispensa, de aptitud sortilega, de cautivante diversión, un contexto como el colombiano, cuya acrimonia, ira y desecación (al menos en su literatura) son proverbiales”.

Finalmente sintetiza: “Si tuviera que elegir una sola palabra para dar el tono de esta novela, creo que esa palabra sería: aventura. La aventura invade la peripecia y el estilo, el paisaje y el tiempo, la mente y el corazón de personajes y lectores”.

Por su parte, Ángel Rama dio a conocer “Un novelista de la violencia americana”, artículo que compendia notas anteriores. Ya en 1964 había presentado a García Márquez desde el semanario *Marcha* de Montevideo como “gran americano” y el 2 de setiembre de 1967, tres meses después de aparecida la novela, publica en el mismo semanario un largo estudio bajo el título “Introducción a *Cien años de soledad*”.

A propósito de la novela, Ángel Rama dice que “*Cien años de soledad* comienza por ser la novela admirable en que el lector común recupera, con un goce centuplicado por su ausencia en la reciente narrativa hispanoamericana, la alegría enterita del contar novelero cargado de peripecias y personajes insólitos que construyen para su disfrute constante, ese que Bergamín llamaba “el laberinto de la novelería”, o sea el perderse jubilosamente por el enredo vertiginoso del suceder de la acción narrativa, descubriendo constantes y pasmosas nuevas del mundo.”

Y en una comprobación que el tiempo no ha hecho sino confirmar, agrega: “Si la novela moderna parecía enajenarse cada vez más del lector común y rehusarse a su hedonística demanda de una disfrutable lectura en la que se embarcará fuera de su mundo y simultáneamente dentro del mundo, García Márquez corrige de modo severo y repentino

el rumbo e intenta un camino que si tiene ilustres antepasados es muy audaz respecto a sus contemporáneos y respecto a sí mismo”.

En una valoración contextualizada, a las que Rama gustaba frecuentar cuando inscribía la producción objeto de examen en un proceso cultural de pertenencia, el uruguayo deja constancia que “la significación mayor de la obra se puede medir ubicándola en el proceso general que ha venido siguiendo la narrativa hispanoamericana de las últimas décadas. Así podría observarse que *Cien años de soledad* cierra un largo y rico período que se inicia en los años veinte cuando Miguel Ángel Asturias se pone a escribir *El señor presidente*, y lo cierra en la medida en que por fin consigue realizar en la literatura de ficción un deseo de representatividad y de creación total que desde aquella fecha y aquella obra viene obsesionando a las letras continentales. Al mismo tiempo provee a esta literatura de una nueva instancia, llena de futuro”.

Emir Rodríguez Monegal había conocido a Gabriel García Márquez en México en enero de 1964. Publicó, a instancias de Carlos Fuentes, el capítulo 2 de *Cien años de soledad* en su revista *Mundo Nuevo*, en el número 2 (agosto de 1966). El capítulo fue presentado en la portada como relato y su autor de este modo: “Es considerado el más importante novelista joven de su patria y uno de los primeros de América Latina. Ha publicado ya varios títulos, el más estimable de los cuales tal vez *El coronel no tiene quien le escriba*, varias veces reeditado y traducido. Trabaja actualmente en una extensa saga narrativa sobre la imaginaria población de Macondo, *Cien años de soledad*, de la que este mes *Mundo nuevo* adelanta un importante capítulo”.

Rodríguez Monegal escribió un extenso estudio sobre García Márquez y *Cien años de soledad* en la *Revista Nacional de Cultura* de Caracas en 1968. El título de ese estudio tiene el sentido ambivalente de “Novedad y anacronismo de *Cien años de soledad*”.

El crítico uruguayo observa que “en un panorama literario que dominan *Rayuela* y *Paradiso*, *Cambio de piel* y *Tres tristes tigres*, García Márquez se da el lujo de contar una historia interminable sobre un pueblito colombiano perdido en una maraña de selva, montaña y pantanos; de contar su historia poniendo bien claro el acento en la violencia política, en la explotación económica del capital nacional y extranjero, en el fraude y en el atropello, temas y motivos bien conocidos de la (aparentemente) difunta novela de la protesta social que tanto engendro ha citado en nuestra América. Pero no solo eso: al contar puntualmente su historia de una familia y sobre todo de uno de sus héroes, el coronel Aureliano Buendía, el notable narrador colombiano parece volver a la novela de anécdota y personajes, la novela fascinada por la aventura, la peripecia, del destino fatal.

(...) Cuántos lectores, a quienes irrita *Rayuela* y enfurece *Cambio de piel*, no han suspirado, se han distendido del todo en sus poltronas mientras seguían fascinados el hilo de una narración que jamás pierde impulso ni parece enredarse nunca, y han proclamado que esta sí, esta es la gran novela de América Latina: la novela de la tierra, la novela de la protesta, la novela de la anécdota, la novela de la narración que corre sin esfuerzo y no obliga al lector a ninguna sospechosa álgebra. Tiene razón, y están profundamente equivocados –afirmaba Rodríguez Monegal-. Porque si bien es muy cierto que *Cien años de soledad* es todo eso, y por ser todo eso, parece el libro más anacrónico del momento actual en las letras latinoamericanas, la verdad verdadera es que esta admirable novela es eso pero es mucho más que eso, y el mucho más no es sólo una cuestión de grado sino de naturaleza. Apenas para la visión superficial *Cien años de soledad* es una novela anacrónica. Para una mirada profunda, el libro contiene algunas de las novedades más audaces que se hayan ensayado en las letras de este siglo”.

Otro uruguayo Rubén Cotelo, en la revista *Temas*, de Montevideo, en el número julio, agosto, setiembre de 1967, se ocupó de la prohibición del incesto en *Cien años de soledad*.

Dice Cotelo: “Como toda gran novela, *Cien años de soledad* recrea un mito. Un mito, vale decir un símbolo, es un modelo, una estructura que torna habitable un mundo caótico, que instaura un orden inteligible, divide y clasifica la heterogeneidad del reino natural, incluido el hombre.” En ese marco, la novela “recrea, a través de la historia de una estirpe, los Buendía, el tabú del pecado de la consanguinidad y la tragedia que acecha al quebrantamiento de la norma que prohíbe el incesto”. Esta línea de análisis apunta a que solo una primera lectura lleva a emparentar a *Cien años de soledad*, “a través de maravillas y prodigios, de personajes desmesurados y episodios exorbitantes, con las novelas de caballería, con *Gargantúa y Pantagruel*, con las fábulas del folklore, con las infancias literarias”, mientras una segunda lectura “deja caer esa cara superficial y la explica al revelar la presencia conductora del tema de la prohibición, y tentación del incesto.” Otros posibles análisis y lecturas son esbozados por Cotelo, quien concluye también casi al pie de la primera edición de *Cien años de soledad*, “que una obra suscite y provoque tal multiplicidad de enfoques, que desafíe cordialmente la imaginación de sus lectores y los incite a comprender las bellezas ocultas debajo de su perfecto, disfrutable estilo, certificaría desde ya la importancia de *Cien años de soledad* y seguramente la madurez de su autor”.

Mientras tanto, Juan Fló, desde la *Revista Iberoamericana de Literatura*, de la Facultad de Humanidades y Ciencias, en Montevideo, antes de la aparición de *Cien años de soledad*, a propósito de *El coronel no tiene quien le escriba*, subrayaba “la manera sabia” con que García Márquez “consigue reunir en el centro de su anécdota y su personaje los mundos concéntricos del pueblo, el país, su historia. Cómo, en términos de la deshilvanada presencia que impone la cotidianidad del coronel, se atisban otros mil relatos posibles, y cómo el procedimiento constructivo que abarca los otros relatos (desde *La Hojarasca*, y en particular en *La mala hora* y *Los funerales de la Mamá Grande*) entretejidos de referencias cruzadas, no es un expediente para la generación partenogénesis, o una voluntad ludo-artesanal como en Onetti, sino el modo de abordar diversos planos secantes (individuales y sociales, presentes y pasados) que nunca dejan de integrar, como vislumbres, por lo menos, ningún momento de su obra”.

Finalmente, no debe olvidarse a Sergio Benvenuto, otro uruguayo, radicado en Cuba, que en su trabajo “Estética e historia” dado a conocer en *El Caimán Barbudo* (La Habana, 1968), examina la realidad de Macondo como una imagen proyectada sobre el trasfondo de la historia contemporánea.

### **De vuelta en Buenos Aires**

Quiero ahora volver a Buenos Aires, primero para recordar que en *Cien años de soledad*, hay un homenaje en clave a un argentino, a Julio Cortázar, con la referencia nostálgica a Rocamadour, el niño personaje de *Rayuela*.

Y en esta edición que ahora presentamos, hay otro argentino, el doctor Pedro Luis Barcia, Presidente de la Academia Argentina de Letras, que publica una importante contribución bajo el título “*Cien años de soledad* en la novela hispanoamericana”.

Barcia comienza hablando de “los astilleros de la literatura hispanoamericana”, y aunque esa no haya sido su intención, quiero tomarlo, por lo menos hoy, como un subliminal recuerdo y homenaje a la orilla oriental del Río de la Plata, y a Juan Carlos Onetti en particular, a quien más adelante menciona expresamente, homenaje que agradezco y que interpreto como una voluntad de navegar (porque sin astilleros no es fácil concebir la navegación), de navegar por nuestros ríos comunes y de cruzar pacíficamente, en paz, con respeto y hermandad, sus puentes.

Quiero agradecerle también este madurado y sabroso trabajo de síntesis que ubica a la gran novela en el tiempo de su aparición, y la examina en sus variados aspectos, tanto desde el punto de vista de su inscripción en la historia literaria del continente, como en su naturaleza incluyente para todo tipo de lector, en su eficacia placentera, en su capacidad suasoria, sus recursos técnicos fundamentales, su naturaleza renovadora, el proceso de categorización de las referencias históricas, y la “mitificación de la realidad cotidiana desacralizada”, en definitiva sus excepcionales facultades de “articulación armónica entre elementos dispares”, y su legado, el legado de un clásico, a cuyo autor hemos visto hace pocas semanas celebrar el mes de sus 80 años, en su Cartagena de Indias, elegida como lugar de refugio y consuelo de la soledad a que lleva la fama, y muy cerca de Macondo, en cuyas tierras, como dice Barcia, “no se pone el sol”. Y a donde algún día, como vuelve a decir Barcia, seguramente iremos en peregrinación, porque allí está “el ombligo de América”.